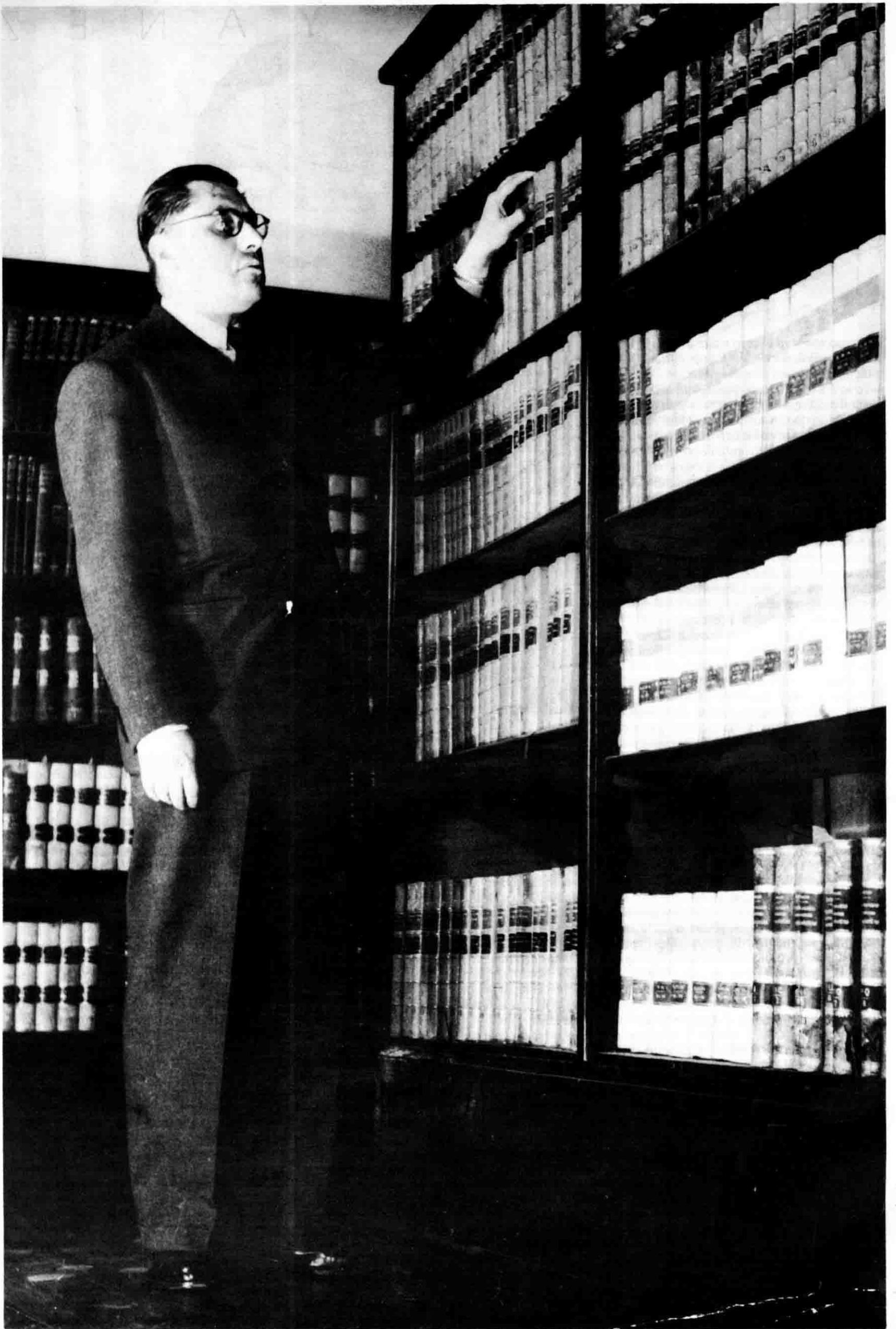


"SIEMPRE ME
valí de la prosa
como vehículo
expresivo". El
autor de *Al filo
del agua* con el
amor de su vida,
Olivia



LAS CAMPANAS DE LA ETERNIDAD

por BEATRIZ ESPEJO / abril de 1980



San Juan de los Lagos, Yahualica, Guadalajara, lugares de la infancia. El idioma y las atmósferas. Los variados caminos de un escritor. "Las novelas son como sinfonías... catedrales, grandes frescos". La magia comunicante entre la música y la literatura. Sabios refranes de los arrieros

La primera vez que vi a Yáñez fue en el estacionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando él bajaba de su automóvil, un Mercedes 220 negro. Lo reconocí por retratos que rescataban su apariencia sólida como pirámide teotihuacana y sus facciones cortadas con hacha y martillo. Lo reconocí además por su parafernalia de burócrata exitoso. Ya había sido gobernador de Jalisco y para no aburrirse demasiado —después de conocer los horarios cargados de audiencias y el caravaneó de sus paisanos—, regresó al magisterio. Con el paso del tiempo, la pirámide había sufrido algún deterioro pero conservaba su enorme y majestuosa vanidad, y su voz bien timbrada y segura. "Soy fundamentalmente político", dice en algún renglón de esta entrevista.

—Don Agustín, para empezar, cuénteme cosas relacionadas con su infancia.

—Toda mi infancia fue dichosa; entonces descubrí mi vocación, mis incentivos y algo muy importante: el lenguaje de mi madre, el lenguaje campesino. Años después, en sucesivos viajes a Yahualica, en tres penosas jornadas a lomo de burro, descubrí también los dichos, las canciones de los arrieros. Ellos me enseñaron muchos de los términos que utilicé a lo largo de mi obra narrativa.

—¿A qué edad descubrió usted su vocación?

—Muy temprano. Más o menos a los seis o siete años. A los nueve comencé a elaborar periódicos locales, que mis padres me pagaban. Allí dejé impresas las primeras imágenes y circunstancias de mi vida.

—¿Se conservan algunos textos de esos?

—Ignoro si en Guadalajara se conserven algunos textos del periódico que entonces redactaba. Lo titulé *El mensajero de San Luis*, y en sus páginas recogía las incidencias de mi casa.

—¿Y la primera cosa que escribió ya con intenciones literarias?

—Escribí muchos ensayos y un drama inspirado en la historia de Santa Inés; pero mi primera obra publicada data de 1921 y se tituló *Ceguera roja*, más tarde salió *Llama de amor viva*, hay ejemplares con ilustraciones de Esteban Cueva Branvila. Hice *Divina floración* con el deseo de participar en un homenaje que se le rendía al obispo Juan Ruiz de Cabañas, fundador del famoso hospicio de Guadalajara. Cuando se celebró su centenario pronuncié piezas oratorias que conservo afectuosamente, las pronuncié tanto en el Teatro Degollado como en el propio hospicio.

NUNCA LA POESÍA

—¿Ni siquiera de muy joven intentó usted la poesía?

—No, nunca. Siempre me valí de la prosa como vehículo expresivo.

—¿Por los títulos que ha mencionado se me ocurre preguntarle si sufrió una marcada influencia de los clásicos castellanos?

—Por supuesto. Estudié a los poetas primitivos y de ellos partí para llegar a la gran generación en la que concurren Azorín, Valle Inclán y, luego, Gabriel

Miró, maestros míos por su búsqueda, su empeño de convertir el idioma en un instrumento flexible...

—¿Posteriormente, qué otros autores lo influyeron?

—Los novelistas considerados por la crítica como "autores ríos": Balzac, Zola... todos los que traen, en relatos distintos, personajes antiguos a los que reviven en circunstancias distintas. He compartido tal propósito. Fíjese usted cómo desde *Al filo del agua* surgen figuras que en el curso de otras novelas reaparecen bajo nuevos enfoques; por ejemplo, María, Micaela, Damián andan por las páginas de *La creación*, *Las tierras flacas*, *La tierra pródiga*. Algunas veces mueren. En *Al filo del agua* mueren unos personajes; sin embargo, otros se mantienen vivos, y pretendo que surjan aún en novelas posteriores.

—En una conversación que yo recogí en letra impresa usted me confesó que le gustaría dejar en su literatura una especie de gran mural, algo similar a la comedia humana. ¿Cuál de sus novelas le parece la más lograda?

—Eso equivale a preguntarme cuál de mis hijos me deja más satisfecho. Todos tienen diversos motivos para mi familiar satisfacción. Desde luego entre mis novelas *Al filo del agua* ha sido la más traducida, y sus protagonistas se derivan de otras obras mías... Creo que *Las tierras flacas* conjuga a personajes de gran profundidad, tales como la madre Matiana o como don Epifanio Trujillo, el cacique del pueblo. El panorama donde se desarrolla la acción constituye un pedazo de la tierra de nadie, de la cual todos se sienten dueños.

—Una de las escenas más alabadas por la crítica y gustada por los lectores de *Al filo del agua* es la de las campanas. Aquel pasaje en que un jovencito, por medio de la música que arranca a las campanas de una iglesia, le dice a una señora madura el amor que siente por ella. ¿Ese regusto por el repique de las campanas, pasó al idioma que usted maneja en su literatura, un idioma barroco y sonoro?

—En primer lugar, relaciono las campanas con la eternidad. En varias páginas he dicho que cuando

“Escuché repiques de campanas mayores que podrían resucitar muertos”. El novelista debe crear equilibrio en el concierto de hombres y mujeres. Un temperamento troquelado por el paisaje. “El idioma es un vehículo para conformar atmósferas”

las campanas de Guadalajara y de los pueblos en los cuales he vivido sigan vibrando, yo no existiré más; pero de alguna manera estaré en su sonido. Por otra parte, quiero explicarle algo: rechazo el titiloteo de “barroco” que suele dársele a mi prosa conforme a la idea de lo insustancial que encierra el barroco. Lo acepto en cuanto que todo arte mexicano tenga algo de barroco, desde sor Juana hasta la literatura contemporánea; quizá porque se anhele agotar el afán expresivo. Con su insistencia las campanas alborotan la alegría de los pueblos. En San Juan de los Lagos y en Yahualica escuché repiques de esquilas, de campanas mayores que podrían resucitar a los muertos.

—Una pregunta un poco elemental aunque muy esclarecedora: ¿A su juicio qué pinta usted mejor, los caracteres femeninos o los masculinos?

—El novelista debe ser introspector de caracteres y buscar un equilibrio. Crear mundos en los que se

establezca un concierto con mujeres y hombres. Creo que lo conseguí. Entre Damián Limón y Micaela, entre todos los diversos tipos humanos que manejé en mis novelas existe esa conjura natural, fundamental.

—¿Qué tipo de paisaje trasciende a sus páginas?

—El paisaje en el cual viví, el de las cascadas y las costas de Jalisco y siempre como notas determinantes del temperamento humano. El panorama ejerce su influencia tanto en *La tierra pródiga* como en *Las tierras flacas*. La ciudad de México ejerce su influencia en *Ojerosa y pintada*.

—Siento que usted conjuga el paisaje con el idioma, como si uno fijara el estilo del otro. En los paisajes donde pinta las costas jaliscienses —por ejemplo— emplea un lenguaje exultante, con una enorme riqueza expresiva y profundamente relacionado con la vegetación y la violencia del mar que se describen.

—El paisaje constituye una nota determinante en el desarrollo de la narración y la manera como se desenvuelve el idioma. El lenguaje de *Al filo del agua* resulta necesariamente distinto al de *Ojerosa y pintada*, o al de *La creación*. El idioma es un vehículo para conformar atmósferas.

—¿Cómo trabaja usted, don Agustín? ¿Cómo emprende su tarea?

—Los estímulos para escribir son muy variados. Una simple palabra, el ruido del río en el fondo de una barranca, el recuerdo de una persona conocida o de una circunstancia pueden evocar algo. *Al filo del agua* nació al pensar en una novela para otro libro: *Archipiélago de mujeres*. Mientras redactaba *Oriana* escribí veinticuatro páginas que excedían la proporción de la novela inicial. Así, repentinamente, encontré una cantera para encerrar un conjunto de vidas. Luego, escribí la versión de *Oriana* que figura en *Archipiélago...* En cambio, *La creación* se desarrolló después de múltiples intentos fallidos. Yo no acertaba a encontrar el tono para describir el retorno a México de un hombre que había estado en Europa como estudiante de música gracias al patrocinio de una mujer, Victoria. Conservo capítulos inéditos con los cuales pretendía iniciar esa novela. Son muy variados los caminos que recorre un escritor, van desde una sensación hasta un estado de ánimo cualquiera.

ARTE ENCAJONADO

—¿Tiene usted muchas obras inconclusas o publicó todo lo escrito?

—¡Huy, como dijo la abuela! Hay tantas obras mías en mis cajones... *La ladera dorada* completa la tetralogía sobre las edades y los afectos que se inicia con *Flor de juegos antiguos*, donde recogí la niñez. *Archipiélago de mujeres* habla de la adolescencia y la juventud. En otras obras enfoco la madurez, y en ésta la senectud; además, trabajo en un proyecto de la historia de México, iniciado con *Las vueltas del tiempo*. Pienso construir una ambiciosa novela titulada *Crónica de los años heroicos* estableciendo paralelos entre el movimiento vasconcelista del año 1929 y la llegada al poder del primer universitario: Miguel Alemán. Aunque se trate de una obra difícil de estructurar, en gran parte la tengo hecha a base de las memorias de uno de los personajes fundamentales de *Al filo del agua*, con las memorias de Pedro Tovar...

—Cuando apareció *Las vueltas del tiempo* los lectores tuvimos la certeza de que la novela había sido escrita mucho tiempo antes, que envejeció un poco al permanecer guardada tal vez por razones ajenas a las meramente literarias.

—La mantuve guardada porque presenta numerosos contactos con la vida política mexicana. La escribí después de *Al filo del agua*; pero cuando me pro-





EN LA CASA DE Pedro Antonio de los Santos jugando con su hija Ángeles. De un año cuatro meses, en Guadalajara

movieron para cumplir actividades políticas importantes, pensé que la gente de mala fe podía esgrimir determinados pasajes para perjudicarme. Eso determinó que la obra permaneciera tantos años inédita, hasta que salí del ejercicio político. Es una de mis novelas con mayor trabajo de composición. —¿Lograba usted escribir con regularidad mientras fue gobernador y ministro?

—Durante los días de mi periodo gubernamental escribí *La tierra pródiga*, *La creación* y gran parte de *Ojerosa y pintada*. En cambio el ministerio de Educación Pública me impidió cualquier otra tarea. —¿Qué tanto opera en su literatura el elemento mágico?

—Funciona como algo fundamental. Siempre sostuve que la creación literaria debe partir de la vivencia; es decir, de las experiencias reales, de circunstancias que luego la imaginación creadora se encarga de transformar. Y siempre trabajé con cierto sistema, algunas veces directamente a la máquina (ya muy entrada la noche), como apuntes para decidir la versión final de alguna frase, de algún puente, de alguna línea. Los diálogos me resultaron con mayor facilidad. Siempre tendí a escribir teatro, aunque nunca lo hice; sin embargo redacté con fluidez los pasajes dialogados de mis relatos. De allí también la

facilidad que se nota en los monólogos interiores de los personajes.

—¿Y los novelistas norteamericanos han influido en usted?

—Le citaré a dos que fueron importantes: William Faulkner y John Dos Passos; pero hay otras influencias de novelistas norteamericanos. Quizá porque me considero un escritor de novela, más que de cuento. Soy muy ambicioso y considero que la novela es una obra poderosa, cuya factura resulta comparable a la composición de una sinfonía, de una gran catedral, de un gran fresco. En cambio un cuento, aunque presenta muchísimos problemas, podría compararse con un cuadro de caballete. Supone ciertos talentos de condensación.

—Usted que estableció comparaciones entre el mural y el cuadro de caballete con la novela y el cuento, ¿sufrió la influencia estética de algún pintor?

—Alguna vez Justino Fernández comparó la obra de José Clemente Orozco con la mía, lo cual me halagó mucho. Sé que me han inspirado las concepciones plásticas de Orozco, las de Diego Rivera y, al mismo tiempo, también he sido estimulado por la música. *Al filo del agua* fue redactada mientras yo escuchaba insistentemente el Réquiem de Gabriel Urbano

Fauré. Coleccioné unos treinta réquiems de autores diversos: Mozart, Brahms... Me gusta esa música fúnebre debido quizá a una predestinación mortal. El ritmo de una secuencia de Fauré está reproducida en *Al filo del agua*. Algunos pasajes en prosa siguen la cadencia de los cantos gregorianos que se cantaban para las misas de difuntos en las iglesias, siguiendo el antiguo ritual...

—¿Hasta qué punto la liturgia y las costumbres religiosas surgen en su obra?

—De manera ostensible... Toda mi obra se inspiró en una herencia familiar de carácter religioso. Hacen acto de presencia incluso las supersticiones que ya no tienen nada que ver con la religión. Tal vez porque pasé mi infancia entera y mi adolescencia en Guadalajara, en una casa habitada por cristianos.

—¿Fue un deseo de rendirle homenaje a Cervantes lo que lo llevó a cultivar el uso del refrán en varios de sus trabajos?

—No, más bien operaron otras circunstancias. Como ya le conté aprendí refranes de mi madre y de los arrieros que conocí en mi niñez. Luego, cuando fui gobernador de Jalisco, recibía la visita de campesinos con quienes pasaba horas. En ocasiones me exponían sus problemas y me los explicaban a base de refranes.

Nacido en Guadalajara en 1904, murió en la ciudad de México en 1980. Estudió jurisprudencia y cursó una maestría en filosofía. Fue profesor en múltiples preparatorias y universidades, coordinador de Humanidades de la UNAM (1945), gobernador de Jalisco (1953-59), secretario de Educación Pública (1964-70), y presidente de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito (1977-80). Fue ensayista: *Fray Bartolomé de las Casas, el conquistador conquistado* (1942), *Fichas mexicanas* (1945), *Yahualica* (1946), *Discurso por Jalisco* (1958), *Proyección universal de México* (1963), entre otros. Su más valorada obra está en su narrativa: *Flor de juegos antiguos* (1942), *Archipiélago de mujeres* (1943), *Al filo del agua* (1947), *La tierra pródiga* (1960), *Las tierras flacas* (1962); entre otras. En 1950 ingresó a la Academia Mexicana y a El Colegio Nacional. En 1973 recibió el Premio Nacional de Letras.